

FRANCISCANOS EN EL JAPÓN DE LA ERA TOKUGAWA. LA EMBAJADA KEICHO Y EL VIAJE DE FRAY LUIS SOTELO¹

Lourdes TERRÓN BARBOSA

Universidad de Valladolid, España

RÉSUMÉ

Histoire du voyage fait par Fray Luis Sotelo du Japon vers l'Espagne accompagnant l'ambassade Keicho de Date Masamune et Hasekura Rokuyemon en Europe (1613-1620).

“Sopló y giró el viento de los dioses
con nubarrones que ocultaron al sol,
cubriendo al mundo con nieblas eternas”.

I/ BREVE RECORRIDO A TRAVÉS DE LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS DE ESPAÑA Y PORTUGAL DURANTE LOS SIGLOS XIV-XVI

A pesar de los doce mil kilómetros de distancia que separan Europa del Extremo Oriente, han existido relaciones importantes entre los dos continentes desde tiempos muy remotos. Ya Alejandro Magno en el siglo IV a.C. llegó hasta la India por la ruta terrestre de Asia Menor, el Imperio Selúcida y Bactriana.

La antigua Roma mantenía contactos comerciales con China desde el siglo I a. C. por la famosa “Ruta de la Seda”, también a través de la vía terrestre del Medio Oriente, Irak y

¹ Proyecto de Investigación I+D, Ref. CSO2009-08530, Ministerio de Ciencia e Innovación, Gobierno de España

Afganistán (las modernas naciones de Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y Kirguistán), así como por la vía marítima de Alejandría, Mar Rojo, Océano Índico y S.E. de China. Los tejidos de seda vaporosos, las olorosas especias sabrosas y otros productos exóticos orientales eran muy codiciados en Occidente.

La tradición cristiana afirma que el apóstol Santo Tomás evangelizó a los medas, persas y partos y que llegó hasta Malabar, en el sur de la India, donde se venera su tumba (aunque sin evidencia contrastada).

En el siglo V, al ser condenados los Nestorianos cristianos por los Concilios de Éfeso y Calcedonia (dogma trinitario y cristológico), muchos huyeron a Persia, a Tíbet y llegaron hasta Mongolia (evidenciado por la estela fechada en 781 hallada en la antigua capital Xian).

China poseía una potente flota naval. Ya en el siglo V d.C. llegó hasta Java. En el siglo X mantenía contactos con África Oriental, como demuestran los hallazgos de porcelana china en aquellas tierras.

Hacia el año 1300 el imperio mongol, después de su conquista de China a las órdenes de Kublai Kan y de su nieto sucesor Timur, expandió su imperio desde Corea hasta el Danubio y de Siberia hasta Irán y el Norte de la India.

A principios del siglo XV (1405–1433), la poderosa flota china, con siete expediciones, mandada por el mongol Cheng Ho (Zheng He) llegó hasta el Canal de Mozambique, la costa de África Oriental y parece que bordeó el Cabo de Buena Esperanza. Eran barcos poderosos de hasta 150 metros de eslora, con una capacidad de carga cinco veces superior al navío Vasco de Gama que descubrió la ruta del Océano Índico a finales del siglo XV. Podían transportar más de 20.000 hombres.

La flota Ming contaba con unas 3.800 unidades navales pero gradualmente, en la segunda mitad del siglo XV, perdió interés por ultramar y se concentró en el transporte fluvial nacional, aumentando su aislamiento exterior. No hay duda, el almirante Cheng Ho (Zheng He) estaba a la altura de Vasco de Gama y de Magallanes.

En Europa hay que destacar las dos legaciones oficiales de los frailes franciscanos: Pian del Carpine (1245–1247), enviado papal al Gran Kan mongol (y que llegó hasta Karakorum), escribió su *Historia Mongolorum*, la obra más antigua occidental sobre

Asia Central; y Guillermo de Rubruck (1253–1255), Embajador del Rey San Luis ante el Gran Kan de Mongolia, también escribió las memorias de su extraordinario viaje.

El mercader veneciano Marco Polo asombró al mundo con su fantástico libro *Las Maravillas del Mundo*, escrito por su compañero de celda en 1298, donde se narran sus viajes a China y al Sur de Asia (1271–1295).

El caballero español Ruy González de Clavijo fue enviado por el rey de Castilla, Enrique III, como su Embajador, a Tamerlan en el año 1403. Regresó en 1406. Sus memorias del viaje se publicaron en 1582. *La Real Academia Española* lo incluye entre las autoridades del idioma castellano.

Estos contactos europeos con Asia Central que, salvo los de la Ruta de la Seda, podemos calificar de puntuales, fueron esencialmente superados con los Grandes Descubrimientos Geográficos realizados por Portugal y España a finales del siglo XV.

Primero hay que destacar la pionera Escuela Naval portuguesa de Sagres (Algarve), fundada por Enrique el Navegante (1394–1460), que abrió la nueva ruta marítima del África Occidental hacia la India.

Bartolomeu Diaz dobló el Cabo de Buena Esperanza (Cabo de las Tormentas) en 1488.

Vasco de Gama (1469–1524), bordeando la costa de África Oriental después de doblar el Cabo de Buena Esperanza, descubrió la ruta del Océano Índico en su memorable viaje en el año 1497–1498 llegando hasta el Sur de la India.

Y por parte española, nuestro Cristóbal Colón descubre el Nuevo Mundo americano en 1492, creyendo que llegaba a las costas orientales míticas de Zipango (Japón) y Catay (China).

Como consecuencia de estos memorables descubrimientos geográficos y, bajo la dirección del Vaticano, los dos monarcas luso–españoles firman los famosos tratados de Alcaçoves–Toledo (1479–1480), Tordesillas (1494) y Zaragoza (1529), por los que el mundo quedaba dividido en dos mitades verticales, delimitadas exactamente por el meridiano occidental de las Islas de Cabo Verde y, por el otro lado, de manera dudosa (debido a la falta de información geográfica exacta de la zona), por el meridiano oriental aproximadamente a la altura de Malaca e Islas Molucas.

Así, España era reconocida como la máxima autoridad desde unas 370 leguas al Oeste de las Islas de Cabo Verde hasta aproximadamente Malaca, y Portugal dominaba África, la India y S.E. Asia.

Como resultado de dichos acuerdos, España y Portugal se comprometían a respetar los límites establecidos y asignados a cada uno de dichos imperios, sin tener autoridad alguna, ni poder navegar, comerciar ni evangelizar por la zona propia de la otra parte.

El tratado de Zaragoza acordó que Joao III de Portugal indemnizaría al Rey de España con 350.000 ducados por la clarificación de los límites orientales, quedando las Molucas definitivamente bajo el Padroado Portugués.

En 1502 los portugueses se establecieron en Cochín, en la costa sur de la India. Pocos años después, en 1510, las tropas de Alfonso de Albuquerque conquistan la ciudad de Goa, que se convirtió en la base militar portuguesa y centro comercial con Oriente.

En 1511 Portugal llega a Malaca y en 1512 a las Islas Molucas, las famosas Islas de las Especias y, desde 1514, los portugueses comienzan sus primeros viajes al sur de la China.

En 1557 la ciudad de Macao (muy cercana a Cantón) se convierte en el establecimiento permanente de comercio con China.

El 20 de septiembre de 1519 Fernando de Magallanes (Fernaõ de Magalhães), ya nacionalizado súbdito de Carlos V, zarpa de San Lucas de Barrameda en dirección al Mar del Sur. Atraviesa el estrecho de Tierra de Fuego, extremo meridional del nuevo continente americano y, después de cruzar el Pacífico, muere asesinado por los nativos en la isla de Mactán (Filipinas).

Juan Sebastián Elcano consigue finalizar el primer viaje histórico de circunnavegación de la Tierra, atravesando las Molucas y doblando el Cabo de Buena Esperanza. La nave insignia "Victoria" arribó finalmente a Sevilla el 8 de septiembre de 1522.

Y en 1543 los primeros portugueses llegan a las costas del sur de Japón (Tanegashima), arrastrado su junco por un tifón.

Los conquistadores españoles, por su parte, al mando de Hernán Cortés, derrotan al Imperio azteca con la toma de su capital Tenochtitlan (8 de noviembre de 1520). El Virreinato de Nueva España se constituyó en 1535.

Francisco Pizarro zarpó de Panamá a fines de 1530 y entra triunfante en Cuzco conquistando el Imperio inca. Funda la ciudad de Lima en 1535. En aquel mismo año Diego de Almagro sale de Cuzco hacia Chile llegando hasta el valle del Aconcagua.

Pedro de Valdivia fue el conquistador del actual Chile, partió de Cuzco en 1544 y fundó la ciudad de Santiago.

En 1544 se estableció el Virreinato de Perú.

Y para terminar esta breve visión de los descubrimientos geográficos de España y Portugal durante los siglos XIV–XVI, hay que mencionar la gesta del eximio navegante vasco Andrés de Urdaneta (1508–1568). Partió de La Coruña con Elcano y Loaysa para las Islas Molucas en julio de 1525. En 1553 ingresó en la Orden de los Agustinos en México y se ordenó sacerdote. Unos años más tarde, Felipe II le pidió marchar de Acapulco a las Islas Filipinas para encontrar la ruta más conveniente de cruzar el Océano Pacífico. Arribó a la isla de Cebú en abril de 1565 y fue el primer navegante que diseñó y experimentó la mejor ruta Acapulco – Manila, que después muchos españoles siguieron como “la Ruta del Galeón Manila”.

Miguel López de Legazpi (1510–1572), junto con su sobrino Urdaneta, y con la autorización de Felipe II, añadió las Islas Filipinas al trono español. Fundó la ciudad de Manila el 19 de mayo de 1571.

Finalmente, no podemos olvidar los pioneros viajes de Mendaña, Quirós y Torres por las rutas de Melanesia (Nuevas Hébridas, Islas Salomón y Nueva Guinea) durante los años 1568–1606. Así, no sin razón, el Océano Pacífico por aquellos memorables años era conocido en el siglo XVI como “el Lago Español”.

Y fue, precisamente, otro insigne español, Vasco Núñez de Balboa, quien en el año 1513 cruzó con un puñado de hombres la región de Darien (Panamá), desde la ciudad de Acla (Atlántico) hasta la Bahía de San Miguel (Nuevo Océano) y, en nombre del Rey de España, plantó su bandera en aquella playa, tomando posesión del ignoto Mar del Sur y de todas sus tierras.

El Nuevo Mar fue denominado “Pacífico” por Balboa en base a los informes recibidos de que “el Gran Océano siempre está tranquilo”.

No podemos silenciar a otro navegante español insigne, Vicente Yáñez Pinzón, que mandó la carabela “la Niña” en la histórica ruta de Colón. En los años 1499–1500 emprendió una nueva expedición. Después de anclar en las Islas de Cabo Verde fue el primer europeo que arribó, empujado por una fuerte tormenta, al Cabo de San Agustín (extremo N.E. de Brasil, cerca de Recife). Fue también el primero que cruzó el Ecuador por aquellas latitudes y fondeó en las costas brasileñas. Las mismas a donde, tres meses más tarde, llegó el navegante portugués Pedro Álvares Cabral. Después de bordear el Cabo de San Roque, Pinzón descubrió las bocas del Amazonas y Orinoco llegando a La Española desde donde regresó a España.

En fin, el sistema dual del Patronato–Padroado terminó en 1777 por el tratado de San Ildefonso².

Y veamos ya una breve panorámica de las dos rutas marítimas que unieron la Península Ibérica (aunque podríamos decir brevemente España por la unión de las dos coronas bajo los monarcas españoles durante los años 1580–1640) con el Extremo Oriente según las zonas de dominio del Patronato Español y el Padroado Portugués durante un siglo (1543–1636). Al analizar el tema que nos ocupa nos centraremos, principalmente, en el patronato español.

II/ DISCORDIAS ENTRE LOS MISIONEROS

Regresemos, de nuevo, con la evolución histórica de la misión en Japón destacando la rivalidad competitiva que surgió entre diversas órdenes religiosas de misioneros, causadas básicamente por la división territorial de los nuevos mundos descubiertos que marcaban las dos Rutas del Padroado Portugués y Patronato Español.

El 28 de enero de 1585 el Papa Gregorio XIII, a instancias del jesuita Valignano, promulga la Bula “Ex pastorali officio” por la que la compañía de Jesús se confirmaba

² Todo este capítulo ha sido realizado a partir de la obra de Lanzaco Salafrañca, Federico., *Introducción a la cultura japonesa. Pensamiento y religión*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 2004.

como la “única” orden religiosa misionera autorizada en el hemisferio japonés, naturalmente encuadra bajo el hemisferio correspondiente al Padroado Portugués.

La raíz de la discordia surge en base a que, a pesar de la unión política de España–Portugal bajo Felipe II y Felipe III (1580–1640), se estipuló expresamente que dicha unión respetaba las distintas “administraciones” por separado de los dos imperios ibéricos y, en consecuencia, se debían respetar escrupulosamente los límites establecidos. Sin embargo, diferentes órdenes religiosas españolas deseosas de participar en la fructífera evangelización de Japón, alentadas además por mercaderes hispanos que codiciaban el comercio provechoso cuadrangular de Macao–Nagasaki–Manila–Nueva España (México), se esforzaron en estar también presentes en el archipiélago de País del Sol Naciente.

Pues bien, Valignano, perspicaz estratega, argumentaba su exigencia de disfrutar de un estricto “monopolio” evangelizador de los jesuitas fundamentado en la convicción de que era esencial una gran “uniformidad” en la presentación de la fe cristiana y una adaptación del Cristianismo a los valores de la milenaria cultura japonesa. Tal adaptación no era aceptada por otras órdenes religiosas (franciscanos, dominicos y agustinos) al no aplicarse en las colonias “conquistadas” del Nuevo Mundo.

Ahora bien, resulta, para mayor confusión, que la Bula de Gregorio XIII no se publicó en Manila hasta julio del año siguiente a su firma en Roma. Además, el nuevo Papa Sixto V, que acababa de suceder a Gregorio XIII, publica el 15 de noviembre de 1585 la nueva Bula “Dum ad uberes” por la que se revoca indirectamente el “monopolio” misionero de la Compañía de Jesús al autorizar también a otros religiosos para evangelizar a Japón.

Ante la insistencia crítica de Valignano, el Vaticano no cede y, antes al contrario, publica nuevas Bulas en 1600 y 1608 confirmando la primera autorización de Sixto V.

El hecho es que, ante una posible confusa situación jurídica, durante los años siguientes frailes agustinos, franciscanos y dominicos desarrollaron “en paralelo” con los jesuitas una profunda labor evangelizadora en Japón entre los “pobres” de las ciudades. Abrieron hospitales para los indigentes, promovieron el uso del agua bendita, medallas... Y en el año 1614, después de que se habían expulsado ya misioneros

extranjeros, residían en Japón 14 franciscanos, 9 dominicos y 4 agustinos. Su labor fue fecunda bautizando millares de fieles.

Es evidente el contraste entre los dos métodos de evangelización empleados:

I) Los jesuitas ante una “sociedad vertical” y de elevada cultura, se acercaban a las clases altas y presentaban un Cristianismo de “injerto” vivificador de los valores positivos culturales existentes en el país;

II) Los frailes, por el contrario, predicaban a un Cristo pobre a los pobres y consideraban la tierra nativa “vacía” (“tamquam tabula rasa”) donde se plantaba la semilla cristiana, tal como se hacía en las colonias iberoamericanas del Nuevo Mundo.

A partir de los años 1580 fueron aumentando el número de contactos religiosos, comerciales y políticos entre Japón y Manila, con el cambiante talante del ambicioso y extravagante nuevo Caudillo japonés Hideyoshi Toyotomi (1536–1598) que fue debilitando su apoyo oficial a los jesuitas aumentando su aparente simpatía por los frailes de Manila, visionando proyectos fantásticos sobre la posible conquista japonesa de Corea, China y las Filipinas.

Debemos recordar el fruto de los misioneros jesuitas que en 1614 contaban con 143 sacerdotes, 2 colegios, 24 residencias y con la ayuda imprescindible de hasta 250 catequistas laicos japoneses.

Y en total, parece ser que la comunidad cristiana japonesa llegó a sobrepasar los 300.000 fieles. El historiador católico inglés M. Steichen establece que hay evidencia documental sobre la existencia de más de 50 daimyos cristianos, dos hijos de Nobunaga, un sobrino de Hideyoshi, el médico de cabecera de Hideyoshi, esposas de poderosos señores-como García Hasokawa-, camareras del palacio de Yeyasu, nobles, ricos comerciantes, pintores famosos... Antonio Cabezas³ llega a concluir en su obra *El siglo Ibérico en Japón*, que un tercio de las principales familias japonesas contaban con algún miembro cristiano.

³ Cabezas, Antonio., *El Siglo Ibérico en Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994.

III/ COMERCIO Y EVANGELIZACIÓN EN FILIPINAS Y JAPÓN BAJO EL PATRONATO ESPAÑOL

Ya hemos mencionado en la Introducción la presencia descubridora española en “El Lago Español” (Océano Pacífico) en los siglos XVI–XVII.

La ciudad de Manila era ya española desde mayo de 1571 y fue Urdaneta quien encontró la mejor ruta marítima Manila–Acapulco para los galeones españoles. Japón, sin embargo, se encontraba dentro de la jurisdicción portuguesa del Padroado acordado. Así, todo el archipiélago japonés era territorio vedado a los navegantes y misioneros españoles. En realidad, existía un comercio japonés privado con Filipinas antes de la llegada española a Manila. Y así lo escribía Legazpi a Felipe II en su carta de 23 de junio de 1567 desde Cebú⁴:

“Más al norte de donde estamos (Cebú), o casi al noroeste, no lejos de aquí, están unas islas grandes que se dicen Luzon y Mindonoro donde vienen los chinos y japoneses cada año a contratar. Y lo que traen es sedas, telillas, campanas, porcelanas, olores, hierro, estaño, mantas de algodón pintadas y otras menudencias. Y al retorno se llevan el oro y la cera. La gente de estas dos islas son moros, compran lo que traen los chinos y japoneses y lo contratan ellos por todo el archipiélago”.

Este comercio existía realmente y, como bien explica Antonio Cabezas⁵:

“Legazpi después de fundar Manila dio la bienvenida a los inmigrantes chinos. Tres años después ya eran seis los juncos chinos que acudían regularmente a Manila repletos de sedas. Parte se quedaba allí para confeccionar los famosos mantones y otras prendas femeninas, parte se remitía a México y España y parte lo compraban los japoneses que deseaban romper el monopolio portugués. El propio Gobernador de Manila, Don Gonzalo Ronquillo de Peñasola, fue quien abrió el barrio chino en 1580 y el barrio japonés dos años más tarde. Llegaron a vivir en él un máximo de mil quinientos residentes japoneses que se ocupaban del comercio o de ser guardaespaldas y mercenarios cuando se precisaba. La cristianización del barrio japonés se encomendó a los franciscanos, y la del barrio chino a los dominicos”.

⁴ Cabezas, Antonio., *El Siglo Ibérico en Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994, p.310.

⁵ *Ibidem*, p. 290.

Así las cosas, el 5 de agosto de 1584 un galeón español con cuatro frailes españoles a bordo (2 dominicos y 2 franciscanos) desviados por un recio temporal llegaron accidentalmente a las costas de Hirado (isla sur de Kyushu), en su travesía regular Macao–Manila. Las autoridades de Hirado recibieron con entusiasmo a los inesperados visitantes, deseosos de comenzar relaciones comerciales con Manila, rompiendo el monopolio portugués de Nagasaki.

En realidad, a los pocos meses después del incidente, el arrogante nuevo caudillo japonés Hideyoshi escribía una amenazante carta dirigida al Gobernador de España en Filipinas, Don Pedro Gómez Pérez Dasmariñas. En ella afirmaba que con su campaña a Corea y China quería extender su poder hasta las Filipinas y, en caso de que no le enviase una embajada con tributos, llegaría a Manila con sus tropas.

La misiva llegó a Manila el 31 de mayo de 1592, y aquel mismo día Dasmariñas informaba a Felipe II y le pedía refuerzos de gente recia castellana y abundantes armas con cañones.

El 28 de mayo de 1593 Dasmariñas envió una nueva embajada oficial a Hideyoshi con cuatro frailes franciscanos dirigidos por su superior el Padre Pedro Bautista Blázquez. Los españoles obsequiaron al caudillo japonés con un brioso caballo mexicano enjaezado, un vestido castellano, un espejo grande y un escritorio dorado.

Hideyoshi, amable, invitó a los embajadores a conocer a su corte y a visitar sus palacios de Kyoto, Fushimi y Osaka. Los frailes se quedaron en Kyoto y edificaron una pequeña iglesia en el terreno cedido por Hideyoshi, un convento de leprosería y un hospicio. Estas actividades de los franciscanos violaban los decretos japoneses, ya de comienzo de persecución, y la Bula de Gregorio XIII sobre el monopolio evangelizador de los jesuitas, pero se justificaba, aparentemente, porque los frailes no habían llegado a Japón en calidad de *misioneros* evangelizadores sino como *embajadores* de Gobernador de Manila. A partir de esta fecha se produjo un constante goteo de frailes a Japón procedentes de las Filipinas.

El caprichoso Hideyoshi, sin ningún interés por la religión era también un mujeriego. Se afirma que en 1584 albergaba todo un harén de 120 concubinas en su castillo de Osaka que pronto llegó a duplicarse... Consumado político, su intención al permitir la

estancia de los franciscanos era, simplemente, un puro cebo para atraer los comerciantes de Manila.

En realidad, los frailes, menos decididos a adaptarse a las costumbres japonesas

-como había insistido y advertido Valignano-, cada vez se comportaron más desobedientes a las prohibiciones de Hideyoshi contra el Cristianismo, acercándose más a los pobres y oprimidos, con un claro abuso de su status diplomático, desoyendo las advertencias de los jesuitas.

Y fue precisamente por aquellos inciertos días, en octubre de 1596 cuando ocurrió un desafortunado incidente que tuvo graves consecuencias adversas a todos los misioneros, incrementando un ambiente hostil y desconfiado de los japoneses hacia todos los misioneros.

El hecho es que el galeón español San Felipe, en su ruta habitual de Manila hacia Acapulco, naufragó casualmente en las costas del sur de Tosa. Llevaba un pasaje de 233 personas-entre ellas cuatro frailes agustinos, dos franciscanos y un dominico-. Después de prestar toda la ayuda necesaria a los náufragos españoles, las autoridades del lugar decidieron incautarse de su rico cargamento. Tras efectuar las protestas correspondientes, y aquí se centra la importancia histórica del evento, se afirma que el piloto (o capitán) español mostró un mapamundi “destacando la grandeza del vasto imperio español y añadió que el brazo largo del soberano español pronto alcanzaría Japón”... Las versiones del incidente son diversas. Otra afirma que en el imperio español “primero avanza la Cruz y después llega la Espada”.

El caso es que Hideyoshi reaccionó de forma violenta y no se hizo esperar. El 8 de diciembre comenzaron las redadas persecutorias en Kyoto y el 6 de febrero de 1597 los 26 primero mártires japoneses fueron ejecutados (entre ellos, 6 franciscanos, 3 jesuitas y 17 seculares). La persecución remitió después, en cierto grado, y frailes españoles continuaron llegando de Manila, al propio tiempo que seguía un comercio bilateral Japón-Filipinas. En septiembre de 1598 murió el monarca español Felipe II y el caudillo japonés Hideyoshi.

Como resultado de la decisiva batalla final de Sekigahara en el año 1600, Tokugawa Ieyasu confirmó su poder absoluto sobre todo Japón y, en 1603, el emperador Yozei II le nombra oficialmente Shogun de todo el país.

Unos meses antes naufragaba, en abril de 1600, en la isla de Kyushu el experto piloto inglés William Adams que pronto se convirtió en válido asesor de Tokugawa en asuntos técnicos navales, comerciales y de relaciones con el exterior. A bordo de un barco holandés llegó a Japón, después de cruzar el Estrecho de Magallanes. Su presencia ante el Shogun avivó la animadversión contra los misioneros católicos españoles y fue propiciando más relaciones con ingleses y holandeses. Con todo, con el permiso del nuevo Shogun Tokugawa se reabrieron las relaciones diplomáticas con Manila y, en realidad, a partir de 1602, se estableció una relación fija de un barco que iba y venía de las Filipinas todos los años, cargado de mercancías, cuyo flete se estimaba en unos 15.000 pesos anuales. Los nombres de los barcos llegaron a ser conocidos en todo Japón: “Santiaguillo”, “Santa María de la O” y “San Idefonso”.

Otro naufragio español en las costas japonesas propició unas mejores relaciones España–México–Manila–Japón. Ocurrió lo siguiente:

El 30 de septiembre de 1609 la nao española “San Francisco” chocó contra unos arrecifes de la costa japonesa y se hundió. A bordo navegaba el ilustre D. Rodrigo Vivero y Velasco (sobrino de Luis de Velasco, virrey de Navarra y de Nueva España) que era el actual Gobernador y Capitán General de las Filipinas. Vivero pasó diez meses en Japón con trato directo con Ieyasu llegando a esbozar un principio de acuerdo bilateral de comercio entre Japón y México (1609–1610), con respeto a los misioneros para que predicasen libremente el Evangelio y además pidiendo la expulsión de unos “piratas” holandeses presentes en Japón. Me parece interesante citar unos párrafos significativos escritos por Rodrigo Vivero⁶ en su relación del viaje a Japón del año 1609. Así describe la ciudad de Yedo:

“Tiene esta ciudad ciento cincuenta mil vecinos. Y aunque vate la mar en las casas de ella, entra un río caudaloso por medio del lugar y en él barcas de razonable porte, que

⁶ Vivero y Velasco, Rodrigo., Citado por Antonio Cabezas en *El Siglo Ibérico en Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994, p.122.

las naos no pueden por no ser tanta la hondura. Por este río, que se divierte y desangra por muchas calles viene la mayor parte del vestimiento con tanta comodidad y a precios tan varatos que come un hombre razonablemente con medio real cada día. Y aunque los japoneses no gastan pan sino por género extraordinario, como fruta, no es encarecimiento decir que el que se hace en aquel pueblo es el mejor del mundo; y porque le compran pocos, vale casi de valde. Las calles y sitio de esta ciudad tienen tanto que ver cuanto hay que considerar en su gobierno, porque se puede competir con el de los romanos. Pocas calles hay una mejor que otra sino todas en igualdad y proporción anchas, largas y derechas mucho más que las nuestras en España. Las casas son de madera y de dos altos algunas, aunque no todas. Y dado que parecen mejor las nuestras por de fuera, el primor de aquellas por de dentro les hace grandísima ventaja; y la limpieza de las calles es de portales y están distintamente separadas conforme a los oficios y personas: en una calles carpinteros, sin que se mezcle otro oficio ni persona; en otra zapateros, herreros, sastres, mercaderes y, en suma, por calles y barrios todos los oficios de géneros diferentes que se pueden comprehender y muchos que en Europa no se usan porque los de plata tienen barrio solo, los de oro también, los de seda y otros géneros con la misma orden, sin que se vea un oficio encontrado en la calle de otro. Hay sitio particular y calles para la caza, así de perdizes como de ansares, Cabarcos, grullas, gallinas y todo genero de bolateria en abundancia. En otra calle se pone la caza de conejos, liebres, jabalíes y venados de que también hay incomprehensible número. Otro barrio hay que llaman la pescadería, que por su curiosidad me llevaron a que la viese, porque se venden en él todos los géneros de pescado de la mar y de los ríos que pueden desearse, secos, salados y frescos y en unas tinas muy grandes llenas de agua mucho pescado vivo, de manera que a la medida del gusto le halla quien le quiere comprar; y como son tantos los vendedores, salen al camino y hacen barata conforme al tiempo y a la necesidad en que se ven. El barrio de la verdura y de la fruta está también de por sí y no es menos de ver que todo lo que he dicho, porque además de la abundancia y diversidad, la limpieza con que está puesto causa apetito a los compradores. Hay también calle y calles de solos mesones, sin que se atraviere otra en medio. Hay calles donde se alquilan y venden cavallos, y es tal la copia de ellos que cuando llega el caminante, que es la costumbre mudar cavallo cada dos leguas, son tantos los que le salen a combidar y a mostrar el buen paso de su cavallo que apenas sabe como escoger. El barrio y calle de las malas mujeres siempre le tienen en los arrabales del lugar. Los cavallos y señores están en calles y barrios que hacen división de lo demás del pueblo, y

con estos no se mezcla hombre común ni persona que no sea de su calidad. Y conócese bien estar en que solo ellos tienen las armas pintadas y doradas en lo alto de las puertas de sus casas; y en esto gastan tanto que hay portada que cuesta más de veinte mil ducados...”

Y un poco más adelante, en una segunda Relación del gobernador de Manila, Don Rodrigo Vivero⁷ así describe los productos del Japón y otras características de la sociedad Tokugawa:

“Es prosperísima la tierra de oro y plata, y si tuvieran mineros y azogue sacarían más cantidad. El arroz es el sustento ordinario, aunque se da trigo, mejor y más fértil que en España, porque de una anega es lo ordinario coger cincuenta. Comen el pan como fruta y en poca cantidad. No comen carne sino la que matan cazando; y de caza y de pesca tienen más abundancia que nosotros: venados, conejos, perdizes, cavacos, y toda caza de bolateria que cubre los ríos y lagunas. En el Reino de Boju tienen rico de oro, a la punta de él cogen algodón de que hacen mantas y cáñamo. Los cavalleros se visten de seda, y no es buena la de Japón; tráenla cada año de China, con muchas pinturas y labores. Y traen los señores grandes acompañamientos, y respétanlos de tal manera los oficiales y gente ordinaria que, en pasando por la calle, se postran en tierra. El barniz de los escritorios y bufetes, que es como resina de un árbol, no se sabe otro que le iguale, y así tienen lindezas peregrinas de este género. Y el de sus espadas y catanas también es cosa rara, porque hay una catana que se aprecia en cien mil ducados; y eso cosa muy cierta que cortan un hombre, cruzadas las piernas, de arriba abajo. Y ríense de que estimemos un diamante o un rubí, diciendo que la estimación verdadera se ha de hacer de las espadas. Los señores del Japón son como señores de título y gozan con “mero mixto imperio” todo lo que hay en sus estados, y dan la renta de ellos y la quitan como es su voluntad a sus criados y deudos; y acabados o mudados se mudan todos los suyos, y los criados tienen la obligación de acudir a todos los servicios así en la guerra como en la paz, y a los acompañamientos diarios de su señor, con que son muy servidos y venerados en sus idolatrías...”

⁷ Vivero y Velasco, Rodrigo., Citado por Antonio Cabezas en *El Siglo Ibérico en Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994, p.210.

Y sigamos con la estancia de Don Rodrigo Vivero y Velasco en Japón. Estaba familiarizado con la metalurgia de las minas de plata que España explotaba en México. Se dio cuenta que podía ser el interlocutor ideal con Leyasu y su hijo Hidetada, consiguiendo llegar a un acuerdo entre Japón y España. Soñaba con la ilusión de ser artífice en el establecimiento de unas relaciones directas comerciales y diplomáticas entre el virreinato de Nueva España y Japón. Leyasu, al fin, ofreció a Don Rodrigo volver a México con un navío construido por los japoneses bajo la supervisión del piloto inglés William Adams. Vivero declinó la oferta y prefirió esperar a que el galeón español “Santa Ana”, anclado en Bungo, terminase de ser reparado.

Entretanto, Vivero se entrevistó con el franciscano Fray Luis Sotelo, experto misionero sevillano en Japón. Le pidió que actuase de intérprete ante Leyasu y le entregó un borrador de acuerdo definitivo para que lo negociase con el Shogun. En resumen, su contenido pedía la garantía de un buen trato a los españoles que llegasen a Japón, libre predicación de los frailes y que las mercancías traídas a Japón serían vendidas a un precio justo. Leyasu dejó para más adelante todo lo concerniente a la navegación, construcción de barcos y petición de mineros de México. De momento solo insistía en establecer una vía directa comercial con Nueva España.

Fray Luis Sotelo era en realidad un “visionario”, que se creía ser el artífice responsable de cumplir una elevada misión, actuando de inspirado intermediario ante las autoridades españolas y japonesas. Rezumaba optimismo exagerado, no compartido por otras fuentes españolas. Al fin, Sotelo se ofrece al Shogun como Embajador ante la corte española con el objetivo de conseguir la tan deseada colaboración. Enterado Don Rodrigo de los “altos” planes del fraile franciscano decide reconducir la situación y apartarle de su pretendida “misión”.

Vivero se embarca en el “San Buenaventura” junto con unos 30 comerciantes japoneses, bajo el mando de Tanaka Shosuke (próspero comerciante de Kyoto y experto en la obtención de metales, muy interesado en conocer la tecnología española en la extracción beneficiosa de la plata de Nueva España). Acompaña la embajada Fray Alonso Muñoz como enviados del Shogun al Rey de España. El buque arribó el 13 de noviembre de 1610. La llegada de la expedición de Vivero en Acapulco despertó gran interés y aceleró el regreso de algunos japoneses a Japón y el viaje del fraile Alonso Muñoz a la corte de Felipe III, para preparar adecuadamente el programa de relaciones bilaterales.

En estas complejas circunstancias apareció un nuevo tema de descubrimiento que alteró los planes de Vivero. Una antigua tradición marinera relataba que a la altura de Japón existían dos islas que la imaginación popular bautizó con los nombres de Rica de Oro y Rica de Plata. En efecto, a finales del siglo XVI unos navegantes que habían visto con sus propios ojos dichas islas que ofrecían riqueza inmensa de metales preciosos. Y a principios del siglo XVII surge la figura de un sacerdote andariego y buen cosmógrafo que mostraba la situación exacta de las Islas. Este hombre de prestigio fue enviado por la ciudad de Manila como procurador a la corte española de Madrid en 1605 y durante su viaje a Acapulco tuvo indicios evidentes de la proximidad de las Islas. Sus explicaciones conmovieron a todos en Madrid. Y el hallazgo de las islas, según sus elucubraciones y fantasías marineras, llenaría de barras de oro y plata las enjutas arcas reales y, al propio tiempo, servirían de base logística a los galeones de Manila muy necesitados de escala en su larguísima travesía a Acapulco. Así, empezó a considerarse muy en serio la propuesta de la búsqueda de tales islas Platarias, sancionada por el rey el 27 de septiembre de 1608, jornada en la que la propuesta encontró fuerte oposición por un buen número de personajes de la corte, entre ellos el propio Don Rodrigo Vivero que juiciosamente la estimó “imaginaria y nunca vista por nadie”.

Se produjeron acaloradas discusiones en la corte. Los habitantes de Filipinas, entre ellos Ríos Coronel, pretendían llevar a cabo el descubrimiento desde Manila, mientras que los vecinos de México no estaban dispuestos a dejarse escapar tales codiciados recursos en la navegación por el Pacífico. Al final, por orden del rey Felipe III se prepara una expedición para el descubrimiento de las islas ricas de Oro y Plata que parecían estar al este de Japón. El virrey de México, Don Luis de Velasco puso al frente de la expedición al general Sebastián Vizcaíno, experimentado marino y explorador de las costas de California. Según el plan aprobado, Vizcaíno debía presentarse ante el Shogun japonés como Embajador, presentando sus credenciales a Leyasu y Hidetada. Ofrecería los obsequios pertinentes y pediría autorización para cartografiar las costas japonesas, en primavera saldría en búsqueda de las misteriosas islas.

Vizcaíno partió de Acapulco el 22 de marzo de 1611 y arribó a las costas de Japón el 10 de junio. Con la debida licencia el 22 de junio de 1614 marchó a la corte de Edo, como embajador del virrey de Nueva España, acompañado de una escolta de treinta arcabuceros, bandera, caja militar y demás aparato. El flamante Embajador Vizcaíno se hizo acompañar de Fray Luis Sotelo en calidad de intérprete.

En septiembre de 1612 partieron de Japón en busca de las islas ricas de Oro y Plata. Después de dos meses de búsqueda infructuosa Vizcaíno regresó a Japón con su navío seriamente dañado y fue testigo del empeoramiento de las relaciones de Shogunado con los cristianos. Fray Luis Sotelo seguía obsesionado con dirigir una nueva embajada a España y Roma para la libertad de evangelización en Japón y la promoción de comercios bilaterales.

IV/ LA EMBAJADA KEICHO A ESPAÑA DE DATE MASAMUNE Y HASEKURA ROKUYEMON (1613-1620)

Los consejeros del Shogun, al fin, vieron una oportunidad en el feudo de Oshu, bajo su poderoso Daimyo el gran Date Masamune, al presentar sus puertos mejores condiciones para asegurar el éxito de la embajada y se construyó un nuevo barco con la ayuda técnica de carpinteros navales del Shogunado.

En mayo de 1613 Vizcaíno había caído enfermo y accedió a llegar a un acuerdo con Masamune, señor de Sendai. Leyasu y Hidetada se reunieron con Masamune y el mismo Vizcaíno.

El 19 de octubre se redactaron las cartas para el Virrey de Nueva España, Felipe III y el Papa. Masamune no era cristiano, vivía con esposa y trescientas concubinas con jovencitos a su disposición. Entonces, conseguidos todos los permisos y medios del Shogunado, Masamune nombró a un Samurai suyo Hasekura Rokuyemon como Embajador de la legación que acompañaría a Luis Sotelo y a Vizcaíno. Terminado el nuevo barco, bautizado San Juan Bautista, de 500 toneladas, zarpó de la bahía de Tsukinoura, cerca de Sendai, rumbo a Nueva España el 27 de octubre de 1613.

La legación estaba compuesta por Vizcaíno, Fray Luis Sotelo, con dos frailes franciscanos, y Hasekura, con una comitiva de unos 140–150 comerciantes y unos diez japoneses vasallos de Mukai Shogen. Ya en alta mar, los japoneses y Fray Luis Sotelo tomaron el mando, quedando Vizcaíno reducido a simple pasajero. La nave llegó a Acapulco el 25 de enero de 1614. Es oportuno recordar que Acapulco era el único puerto autorizado para comerciar con las Filipinas y los cargamentos que llegaban, al principio limitados a especias, fueron aumentando en cantidad y variedad a medida que

Manila crecía con afluencia de comerciantes procedentes de las ciudades de México, Guadalajara, Zacatecas, Cuernavaca, etc... y junto con los hacendados, marinos, mujeres de mala vida, curanderos, comerciantes, mendigos y arrieros formaban una de las ferias más renombradas en aquellos tiempos.

La comitiva, tras permanecer algún tiempo en la ciudad de México, partió hacia Veracruz con el objetivo de zarpar rumbo a España con la fecha prevista del 10 de junio de 1614. No pudiendo desplazarse toda la comitiva, Hasekura seleccionó un grupo pequeño de unos 30 japoneses, ordenando que el resto volviera a Acapulco en espera de su regreso.

Embarcaron en el galeón San Josepe con Fray Luis Sotelo. Arribaron a San Lucas de Barrameda el 5 de octubre de 1614. El duque de Medina Sidonia envió carrozas para recibirlos y acomodarlos. Hizo armar dos galeras para llevar la comitiva a la ciudad de Coria. Multitud de gabarras y falúas transportaban la carga hasta Sevilla debido al calado del río que presentaba un pronunciado meandro en Coria.

Desgraciadamente, las Actas Capitulares del Archivo Municipal de Coria llegan solamente hasta 1612 para reanudarse en 1678.

La entrada de la comitiva en Sevilla fue apoteósica. A veintiuno de octubre de 1614 la ciudad envió carrozas, cabalgaduras y gran número de caballeros y nobles. Cerca de Triana, y antes de cruzar el puente, se multiplicó de tal manera el número de carrozas, caballo y gente de todo género que no bastaba la diligencia de alguaciles y otros oficiales de justicia para poder atravesarlo. Finalmente, apareció el conde de Salvatierra, Asistente (Alcalde) de la ciudad. La comitiva se dirigió al Alcazar Real, adornado con tapices y ornamentos de gran valor y allí se designaron los aposentos reales para el Embajador Hasekura y otros aposentos para toda su comitiva. El Asistente en persona favoreció especialmente al Embajador con varios entretenimientos de comedias, danzas y festines como hicieron muchos caballeros, prelados, religiosos y en especial Jueces Oficiales Reales ofreciendo cada uno un regalo en nombre de la casa.

El cabildo hispalense se reunió el 8 de octubre para dar lectura a las cartas dirigidas a la ciudad por Hasekura y Sotelo. El día 27 el Embajador fue recibido por el Cabildo en pleno. Allí se leyó la carta de Date Masamune, traducida al español, con fecha en Sendai de 26 de octubre de 1613.

Entretanto, el Consejo de Indias y el del Estado en Madrid examinaron cuidadosamente los términos de la embajada, considerando las cartas que había enviado Vizcaíno desde México, el virrey Guadalcazar y, desde Sevilla, el poderoso Presidente de la Casa de la Contratación, Don Francisco de Uarte. Además del memorial enviado desde San Lucar de Barrameda por el Duque de Medina Sidonia.

Al fin, el 25 de noviembre de 1614, la comitiva partió para Madrid a quienes se trataron con grandes honores por todo el camino, en especial en Córdoba. En Toledo visitaron al Arzobispo y entraron en Madrid el 20 de diciembre con grandes fríos y nevadas.

El día 30 de enero de 1615 fueron recibidos por el rey Felipe III. Hasekura transmitió el mensaje de Masamune pidiendo que se enviasen predicadores franciscanos y la protección de la Corona al comercio en el feudo de Oshu con Nueva España. Fray Luis Sotelo explicitó los deseos de Leyasu y Hidetada de establecer una alianza con España y entregó las cartas que ambos caudillos enviaban al monarca español. El rey contestó que se examinarían las peticiones en el Consejo de Estado donde todo este asunto de la embajada quedaba encomendado dentro de la adecuada perspectiva diplomática de España en Asia. En el Monasterio de las Descalzas Reales el Embajador Hasekura fue bautizado actuando de padrinos el Duque de Lerma y otros nobles.

Entretanto Fray Luis Sotelo se dedicaba a gestionar la autorización de su “misión” en la Corte de Madrid, incluyendo una visita a Roma para pedirle un nuevo obispo para aquella floreciente comunidad cristiana. Sin olvidar su insistencia en pedir envío de nuevos misioneros franciscanos desde México, a bordo de un navío anual que asentara el comercio directo en el territorio de Date Masamune. Pero, al fin, los planes de Sotelo no encontraron el apoyo deseado en Madrid por varios motivos:

I/ La plata que podría llegar a Nueva España desde Japón resultaría una infracción de los acuerdos luso—españoles;

II/ La dimensión política de Date Masamune era la de un simple señor feudal que no ostentaba el poder nacional de Japón;

III/ Recrudescimientos de las persecuciones contra los cristianos en todo Japón desde 1614.

Después de una permanencia de 8 meses en la corte de Madrid la comitiva fue autorizada para proceder a Roma y se les concedió un subsidio de 4.000 ducados para el viaje. Tras pasar por Génova, llegaron a Roma el 25 de octubre de 1615 y, en aquel mismo día, Hasekura, Fray Luis Sotelo y algunos otros miembros de la comitiva se dirigieron al palacio del Quirinal para ser introducidos al papa por el Cardenal Borghese. Mantuvieron un breve coloquio. La acogida resultaba algo ambigua al existir en algunos círculos cierta desconfianza motivada por una carta del jesuita obispo de Japón, Luis Cerqueira, al General de los jesuitas en donde se informaba de los planes de Sotelo.

En cualquier caso, la entrada oficial de la embajada en Roma tuvo lugar el 29 de octubre y el 3 de noviembre se celebró en el palacio apostólico la Audiencia Pública en la que los japoneses fueron recibidos solemnemente por el Papa en presencia de los Cardenales de la curia, embajadores y noble. Fray Luis Sotelo conseguía su sueño al entregar personalmente a Paulo V en la tarde del 15 de noviembre de 1615 el documento que contenía sus inspiradas peticiones. Este documento estaba firmado por Luis Sotelo y cuarenta cristianos japoneses de las ciudades de Miyako, Fushimi, Osaka y Sakai. Se solicitaba el nombramiento de un arzobispo (naturalmente del buen franciscano), la construcción de un seminario y la canonización de los mártires franciscanos. El resultado en definitiva fue que aunque la recepción de la embajada japonesa fue muy cordial, la Santa Sede no se comprometía a ninguna petición acomodándose con los deseos del monarca español.

Así, el 7 de enero de 1616 la embajada inicia su viaje de regreso desilusionada y desmoralizada. Al llegar a Génova Hasekura cayó enfermo. Con la muerte de Leyasu Tokugawa el 16 de junio de 1616 Japón estaba a punto de cambiar su política de auge de comercio y relaciones exteriores. A mediados de abril de aquel año los consejeros de Indias, con el visto bueno del rey Felipe III, tomaron las decisiones finales adversas a las peticiones de la delegación japonesa. Así, se ordenó a los funcionarios de la Casa de Contratación de Sevilla que “sin réplica ni excusa” embarcasen a Luis Sotelo y a Hasekura a Nueva España. El 4 de julio al fin zarpó Sotelo, Hasekura y cinco criados suyos a México. En Acapulco les esperaba el barco de Masamune, que a pesar de las prohibiciones españolas, había de nuevo cruzado el Pacífico cargado de mercancías comandado por Yokozawa Shogen deudo de Mukai Shogen que había organizado toda la expedición comercial con Date Masamune. La nao llegó a Manila en julio de 1618.

En 1620 Hasekura obtuvo permiso para retornar a Japón. Llegó a Sendai justo cuando allí también comenzaba la persecución contra los cristianos. Masamune en más de diez días no se dio ni por enterado del regreso de su Hasekura. El hecho es el final de la vida no aparece muy claro, algunas fuentes aseguran que abjuró del cristianismo y murió dos años después.

Fray Luis de Sotelo volvió a Japón disfrazado de comerciante en 1622. Fue apresado y quemado vivo cerca de Nagasaki el 25 de agosto de 1624. El Papa Pío IX lo beatificó en 1867. Al parecer toda esta desgraciada embajada costó al tesoro español tres millones e maravedíes.

Ahora bien, esta larga y compleja historia tuvo una consecuencia curiosa.

La embajada japonesa no embarcó en Sevilla a todos los japoneses de la comitiva y, aunque no hay evidencia documental, es un hecho que unos 15 japoneses no regresaron nunca a Japón con Hasekura, sino que se quedaron en la ciudad e Coria del Río, cercana a Sevilla, dando origen al apellido español de “Japón”. Según el censo de Coria del Río de 1989 constan allí registrados:

-321 corianos con “Japón” de primer apellido.

-9 corianos con “Japón” de primer y segundo apellido.

-500 corianos con “Japón” de segundo apellido.

En los últimos años destacan en la sociedad española dos famosos corianos: el árbitro de fútbol José Japón Sevilla y la bellísima María José Suárez, Miss España, cuyo apellido “Japón” se perdió en la generación de su abuelo.

1. Y no fue hasta 1859 cuando Velázquez Sánchez⁸, jefe del archivero municipal de Sevilla, encuentra la carta original del Daimyo Date Masamune en pésimo estado de conservación y tres años más tarde da a conocer su hallazgo en el libro *La embajada japonesa*.

⁸ Citado por Suárez Japón., Juan Manuel coord., en su libro *Japón y japoneses en la orilla del Guadalquivir*, Sevilla, Fundación El Monte, 2007, p.15.

En marzo de 1882 el embajador japonés Yda, ministro plenipotenciario del emperador Meiji en París, realiza una visita cultural a Sevilla y allí puede tener en sus manos la histórica carta. Después de una minuciosa inspección, el embajador redacta un documento reconociendo su autenticidad y manifiesta que la familia Masamune conservaba recuerdos de aquel histórico viaje de 1614.

El 8 de marzo de 1910 el príncipe Iroyasu Fushimi, primo del Emperador Meiji con su esposa, la princesa Tsunko, hija del último Shogun Tokugawa en Japón, visitaron Sevilla y en el folleto publicado por el cronista oficial Manuel Chavez en aquel año de 1910 sobre “La visita que a los Reyes de España hicieron en Sevilla los príncipes Fushimi de Japón”, se cuenta detalladamente la embajada Hasekura de 1614.

El 11 de noviembre de 1930 los príncipes Takamatsu (Príncipe Nobuhito – hijo tercero del emperador Taisho y hermano del emperador Hiroito – con su esposa la princesa Tokugasa Kikuko) visitaron de incógnito la ciudad de Sevilla. A su paso por la Biblioteca Colombina de esta ciudad se interesaron por unas cartas de Fray Luis Sotelo sobre la embajada Hasekura y su bautizo en Madrid.

Asimismo, el 18 de octubre de 1973 el príncipe heredero Akihito y su esposa la princesa Michiko Shoda, visitaron Sevilla. Al terminar su visita al Archivo de Indias de la ciudad recibieron reproducciones de documentos japoneses del siglo XVII.

El 1985, el hijo mayor del príncipe heredero Akihito, visitó Sevilla el día 21 de agosto, tras finalizar sus estudios en la Universidad de Oxford. También visitó el Archivo de Indias y recibió unas reproducciones de la documentación de la embajada Masamune de 1614.

El 20 de julio de 1992 el príncipe heredero Naruhito visita la Exposición universal de Sevilla.

Unos años antes, en noviembre de 1989, el alcalde de Sevilla visitó la ciudad japonesa de Sendai con el motivo de la conmemoración de su fundación. El 22 de mayo de 1992 el alcalde de Sendai Toru Ishii, acompañado de una amplia delegación municipal, visitó Sevilla. Desde aquel año, Hasekura Tsunegawa tiene su estatua en Coria del Río, regalo de la Prefectura Miyagi, de donde procedían la mayoría de aquellos primeros embajadores japoneses.

Y aquí termina esta breve relación sobre la Embajada Keicho (1614-1620).

Es interesante añadir la novela del conocido literato católico japonés Endo Shusaku “Samurai”, en donde se narra la aventura del samurai Hasekura Tsunegawa, Embajador del señor feudal Date Masamune, que con un grupo de japoneses partió de Sendai y después de cruzar el Pacífico, atravesaron México desde Acapulco hasta Veracruz para después de navegar por el Atlántico y llegar al río Guadalquivir (Sevilla). Prosiguieron su viaje hasta Madrid, visitando la corte de Felipe II y después se dirigieron a Roma para una entrevista papal en el Vaticano.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Barlés, Elena., *Luces y sombras en la historiografía del arte japonés en España*, publicado en el número monográfico de *Artigrama*, 2003, Universidad de Zaragoza (NB– Ofrece una extensa y valiosísima bibliografía del Siglo Ibérico de Japón y, en este contexto, es necesario señalarla fecunda obra de investigación sobre este tema por el llorado J.L. Álvarez Taladriz)

Cabezas, Antonio., *El Siglo Ibérico de Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994.

Hamamatsu, Noriko., *La obra lingüística de Fray Diego Collado: Legado de su labor misionera en Japón*, publicado en *¿Qué es Japón? Introducción a la cultura japonesa*, edit. Fernando Cid Lucas, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2009.

Gil, Juan., *Hidalgos y Samuráis*, Madrid, Alianza Universidad, 1991.

Kamen Henry., *Imperio*, Madrid, Santillana, 2004.

Lanzaco Salafraña, Federico., *Introducción a la cultura japonesa. Pensamiento y religión*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 2004.

Lanzaco Salafraña, Federico., *Encuentros del Cristianismo con las culturas de la China, Japón e India durante los siglos XVI–XVIII*, conferencia pronunciada en el Seminario “Monoteísmo y Diálogo” en la Universidad de Castilla – La Mancha, Campus de Cuenca, 14 de noviembre de 2008.

Ollé, Manuel., *La empresa de China (De la Armada Invencible al Galeón de Manila)*, Barcelona, Acantilado, 2002.

Spate, O.H.K., *El Lago Español (El Pacífico desde Magallanes Vol. I)*, Australian National University, Canberra, 2006 (Traducción al español del original inglés)

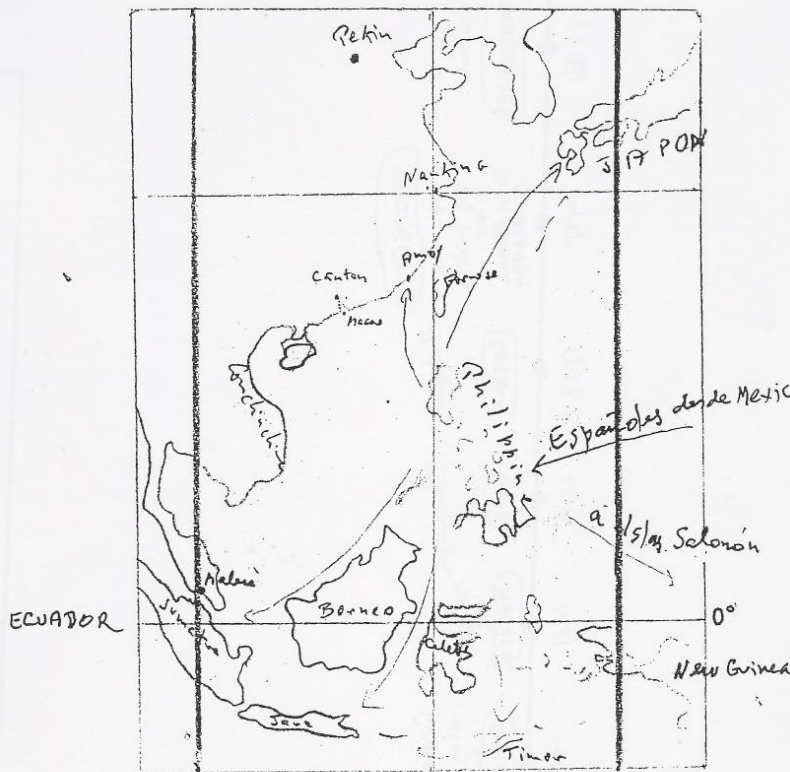
Suárez Japón., Juan Manuel coord., *Japón y japoneses en la orilla del Guadalquivir*, Sevilla, Fundación El Monte, 2007.

Fernández Gómez, Marcos., (Director del Archivo Municipal de Sevilla) *Una embajada japonesa en Sevilla del siglo XVII. La misión Keicho (1613–1620)*.

del Valle Arévalo, Manuel (ex alcalde de Sevilla)., *De cómo empezó toda esta historia*.

Dominguez Adame, Mauricio (Jefe de Protocolo del Ayuntamiento de Sevilla)., *Embajadas japonesas en Sevilla*.

Valencia Japón Víctor., *De Japón a Roma pasando por Coria*.



Linea demarcacion
segun España

Linea demarcacion
segun Portugal

ZONA SUDDSA